

**Reino Unido**

## **Guerra contra los pobres**

Ibán Díaz Parra y Millie Wild

### **1- ¿Quién empezó el saqueo?**

En agosto de 2011 Londres y otras ciudades británicas se han enfrentado a una oleada de disturbios y saqueos sin precedentes en la historia más reciente de este territorio. Autoridades y medios de comunicación, así en Reino Unido como en el resto del mundo, han mostrado claramente su desinterés por comprender tanto como su interés por no explicar los acontecimientos. El discurso dominante ha esquivado cualquier tipo de crítica más allá de la condena de disturbios y saqueos y la criminalización sin ambigüedad de sus protagonistas. El primer ministro británico lo ha dejado claro, se trata de “*criminalidad pura y simple, que debe ser enfrentada y derrotada*” (*The Guardian*, 9/08/2011).

El discurso hegemónico ha calificado los acontecimientos como una simple sucesión de actos delictivos. En este sentido, los comentaristas profesionales británicos se han esforzado en dejar claro que no se trata de “*protestas*” y que no hay ninguna dimensión política a tratar ni ningún componente social. De hecho, se ha insistido mucho en que se ha detenido a jóvenes de clase media y en que los disturbios han afectado también a barrios que no son precisamente pobres, con la clara intención de ocultar cualquier contenido de clase dentro del conjunto de factores detonantes de la violencia. No se trataría por lo tanto de jóvenes pobres, parados, hijos de inmigrantes de los barrios de vivienda pública sino, sencillamente, jóvenes sin principios, especie de bárbaros que amenazan la civilización occidental empleando una violencia extrema y sin razón ni justificación alguna más allá de la de satisfacer sus bajos instintos criminales. Los adolescentes, que con anterioridad ya eran vistos por una gran parte de la sociedad como una especie de modernos salvajes, han sido severamente juzgados y condenados por su ausencia total de disciplina y de ética. Si son suficientemente mayores para delinquir, son lo suficientemente mayores para ser castigados, en palabras de Cameron (*The Guardian*, 9/08/2011). Hasta el momento el 22% de los condenados son menores de edad, el más joven de 11 años (*Público*, 31/08/2011). En definitiva, se ha establecido un notable consenso a partir de un discurso moralista, gerontocrático e interesado que lamina cualquier posibilidad de investigar tanto las raíces sociales de lo que ha sucedido como su dimensión política.

Ante estos posicionamientos interesados e ideológicos es necesario confrontar algunos hechos. Es imposible tratar de comprender lo que ha ocurrido sin referir el contexto socioeconómico en el que se ha desarrollado; así mismo, tampoco pueden obviarse las historias y conflictos particulares de una ciudad como Londres.

“El gobierno y la policía han incitado constantemente a la delación, a denunciar al vecino, al familiar, al amigo que pudiera haber cogido unos pantalones a través de un escaparate roto.”

1. Respecto del contexto socioeconómico, cuando hablamos de Reino Unido y de Londres, estamos refiriéndonos a uno de los países y una de las ciudades más ricas del mundo. No obstante, Reino Unido es un país con graves *desigualdades sociales*, una creciente inequidad en la distribución de la riqueza y una escasa movilidad social según la OCDE/<sup>1</sup>. Hablamos del buque insignia del neoliberalismo en Europa a partir de las reformas implementadas por Thatcher desde finales de la década de los setenta/<sup>2</sup>, el abanderado de la reconversión industrial, de la primacía del mercado, de las privatizaciones, del sálvese quien

pueda y de la sociedad dual. Un país en el que -como en el resto de la geografía europea-, en el contexto actual de crisis, se está profundizando en la destrucción del Estado como garante de derechos sociales y se está desnudando al sistema de los dispositivos que había desarrollado durante el siglo XX para mantener una cierta paz social (no precisamente las fuerzas de seguridad del Estado). Los actuales recortes sociales continúan el proceso de desposesión. Un auténtico saqueo, interpretable como una agresión de clase contra los estratos menos favorecidos de la sociedad.

2. Al mismo tiempo, Londres, con sus ocho millones de habitantes de todas las nacionalidades, es una de las ciudades más cosmopolitas del mundo. Una ciudad con una larga tradición de *conflictos étnicos*, donde las cuestiones de clase y raza han tendido a confluir. También, una ciudad con una larga tradición de terribles e imperdonables errores por parte de sus fuerzas de seguridad, a menudo acusadas de poseer un importante sesgo racista.

Sin negar que la situación haya cambiado desde entonces, los acontecimientos recuerdan en gran medida a los disturbios de 1985. Los disturbios de ese año en Tottenham comenzaron cuando Cynthia Jarrett murió en su casa mientras la policía realizaba un registro en busca de su hijo. Los disturbios que siguieron acabaron con la muerte de un policía antidisturbios. Ambas muertes se produjeron en el mismo polígono de viviendas sociales, *Broadwater Farm State*, el mismo barrio del que procedía Mark Duggan, la víctima de la policía que ha dado lugar a los últimos disturbios que ahora nos

<sup>1</sup> Puede consultarse en la base de datos de estadísticas de la OCDE (<http://www.oecd-ilibrary.org/statistics>) cómo el índice de Gini ha subido de un 0.37 a mediados de los setenta a 0.46 a mediados de la primera década del siglo XXI. Por otro lado, en el informe *Economic Policy Reforms: Going for Growth 2010*, se llamaba la atención sobre cómo RU, EE UU e Italia eran los países con la menor movilidad social de la OCDE, algo que se relaciona directamente con la elevada iniquidad social.

<sup>2</sup> Aunque es conocido y son numerosos los trabajos sobre la expansión del neoliberalismo no podemos dejar de recomendar el trabajo de Harvey, 2007.

ocupan. Al sur de la ciudad, los disturbios de Brixton de 1985 empezaron de forma muy similar, cuando Cherry Groce recibió un disparo de la policía en su domicilio que la dejaría discapacitada, también en un registro en busca de su hijo<sup>3</sup>. Brixton volvería a ser protagonista de disturbios en 1995, tras la muerte de un vecino bajo custodia policial y en 2001, cuando otro joven de color que portaba un arma de juguete fue abatido por la policía. Otras ejecuciones escandalosas no han llegado a desembocar en disturbios, como la de Harry Stanley en Hackney, en 1999, tras confundir la policía la pata de una silla que sostenía con una escopeta.

La sociedad londinense no es una sociedad carente de conflictos sociales y raciales y no se avanza precisamente en la dirección de fomentar una mayor cohesión. Así, los disturbios son inexplicables sin atender a su dimensión social y es, al menos, discutible que las acciones realizadas por los londinenses hayan carecido de sentido político en su conjunto. Son varios los argumentos que se pueden presentar en este sentido.

1. En primer lugar, la geografía de los disturbios no ha sido en absoluto aleatoria. Los primeros se desencadenaron precisamente en los mencionados y castigados distritos de Tottenham, Hackney y Brixton. No obstante, disturbios y saqueos no se limitaron a estas zonas sino que afectaron a gran parte de la periferia obrera de la ciudad. Se trata del Londres de los inmigrantes de primera, segunda y tercera generación, del racismo, del trabajo precario, de la dependencia de los subsidios y de los polígonos de vivienda oficial. No obstante, aún siendo una cuestión social, no ha sido un disturbio con el marcado carácter racial que tuvieron los de los ochenta y las múltiples imágenes grabadas dan testimonio de una cierta multiculturalidad del “vandalismo”.
2. Tampoco puede generalizarse la falta de objetivos y la ausencia de un contenido de protesta para la totalidad de los disturbios que se produjeron en la ciudad. A nadie se le escapa la razón por la cual los enfrentamientos comenzaron en Tottenham y, desde el momento en que estos se desencadenaron, todo Londres sabía que era muy probable que se extendieran a Hackney o Brixton. No hay aleatoriedad aquí, y fueron en estos espacios donde precisamente la multitud buscó de forma directa la confrontación con la policía.

Los disturbios comenzaron a raíz de una manifestación convocada por la familia del joven ejecutado por la policía. La marcha salió de *Broadwater Farm State*, un espacio estigmatizado, lo más parecido a un gueto social que podemos encontrar en la ciudad de Londres, a pesar de los esfuerzos de la adminis-

---

<sup>3</sup>/ Un texto interesante en castellano sobre estas cuestiones es el de Lea, 2006.

“La falta de ética del saqueo es una expresión radical y poco “educada” de la falta de ética del consumismo exacerbado y de la competitividad que predomina en la sociedad capitalista.”

tración local laborista por mejorar las dotaciones y adecuar este tipo de espacios. Una población negra y pobre, de segundas y terceras generaciones de inmigrantes que viven en la pobreza en una de las ciudades más ricas del mundo. Una población acostumbrada a ser tratada como criminales por la policía, por el sitio donde viven, por su aspecto y por el color de su piel. Una comunidad que no se creía la versión de la policía a propósito del asesinato de uno de los suyos y que se demostraría falsa a posteriori.

Ante esta situación, la policía, en primer lugar, indujo a mentir a los medios de comunicación que afirmaron que el muerto había disparado su pistola contra los agentes y, en segundo, lugar se negó a recibir a la familia y a dialogar con ella, siendo este el detonante final para los primeros disturbios. A partir de aquí, las iras de las gentes de Tottenham se dirigieron fundamentalmente contra la policía. Hubiera sido mucho más difícil hacerlo contra los altos mandatarios políticos que estaban, por lo general, de vacaciones.

Pronto los disturbios se extendieron a Hackney, uno de los sectores más pobres y más conflictivos de la ciudad, próximo a Tottenham y objetivo de la gentrificación por su proximidad al recinto de los próximos Juegos Olímpicos. Cuando la policía empezó a establecer controles y detuvo y empezó registrar a dos jóvenes de raza negra una gran multitud rodeó a la policía y les obligó a soltarles. La multitud de personas de todas las razas y de diferentes edades que se juntó aquí, dirigió su odio contra elementos muy concretos como bancos, cajeros y tiendas de empeños. También contra la policía. La rabia no carecía totalmente de dirección.

No puede decirse lo mismo de todos los puntos de conflicto, incluidos los saqueos que se producirían en los barrios mencionados a partir de ese momento. La difusión del fenómeno provocó la quema de coches, de viviendas, de comercios de proximidad, etcétera. A partir de los primeros enfrentamientos, la acción de los jóvenes fue aproximándose cada vez más a una explosión de consumismo sin contenido. Las gentes se abalanzaron sobre todos aquellos productos que en la cultura en que vivimos representan la valía de una persona, principalmente los móviles de última generación y las zapatillas de marca. Londinenses que tomaron parte en los disturbios de la década de los ochenta confirman que, en aquellas ocasiones, la acción de la multitud se dirigía mucho más a desafiar a la policía y que los ataques faltos de criterio eran excepcionales. En esta ocasión ha existido mucho más saqueo que enfrentamiento contra la policía y la violencia indiscriminada se ha llegado a saldar con cinco muertos.

## 2-De la guerra contra la pobreza a la guerra contra los pobres

La respuesta del gobierno conservador ha sido una desmesurada represión que se ha desatado contra los sectores más pobres de la sociedad. Ninguna referencia a las causas estructurales del fenómeno, ni a la desastrosa gestión del problema por parte de políticos y policía. Gran parte de la violenta indignación y ferocidad con la que la sociedad respetable ha condenado los disturbios y el saqueo ha servido para ocultar la sucesión de errores que ha cometido la policía, la responsabilidad del gobierno en lo sucedido y la dimensión social subyacente en los acontecimientos. La gran clase media británica se ha visto amenazada. Ha visto tambalearse algunas de las bases de orden y respeto a la propiedad privada en las que se basan su cultura y su bienestar y ha tenido miedo. Así, el partido del gobierno se ha sentido cómodo presentándose como partido del orden frente a la barbarie, como garante del respeto a la autoridad y a la propiedad privada. Esto ha permitido también a los laboristas, y a sus medios de comunicación afines, adoptar una posición tímidamente progresista (era el momento oportuno para hacerlo).

El resultado ha sido una explosión de represión como única respuesta a los acontecimientos. Una acción de control sobre una sociedad ya de por sí controlada e hipervigilada como han dejado claro la multitud de grabaciones que se han emitido sobre los acontecimientos, permitidas por el inmenso número de cámaras de vigilancia existente. El gobierno, jaleado por una ciudadanía asustada, ha fomentado un estado de sitio informal en el que se han producido al menos dos millares de detenciones. Así, las imágenes de la policía invadiendo los polígonos de vivienda y echando puertas abajo han dado la vuelta al mundo.

De las personas contra las que se han podido presentar cargos, un 70% se encuentran en prisión preventiva, una medida totalmente excepcional para acusaciones de delitos que, en general, no son graves (*Público*, 26/08/2011, p. 13). Cualquier tipo de acción, que en otro contexto habría sido considerada irrelevante, ha sido castigada duramente. El agravante de saqueo ha permitido condenas tan absurdas como la de seis meses de cárcel por robar una botella de agua embotellada por valor de tres libras y media (*The Telegraph*, 3/09/2011). La mayor parte de las condenas han venido motivadas por pequeños hurtos y en los juzgados especiales para este tipo de delitos (*Magistrate courts*) se sucedieron las penas máximas (que no pueden superar los seis meses) durante los primeros días de la represión. Así, cientos de jóvenes han sido condenados a cumplir penas de cárcel (penas que en Reino Unido se cumplen aunque se carezca de antecedentes penales) por poseer artículos robados, sin que en muchos casos pudiera probarse que la persona los hubiera robado ella misma o que supiera de su procedencia. Otras penas han sido superiores, como la de los jóvenes condenados a cuatro años de cárcel por convocar los

disturbios a través de Facebook y que ya están en la cárcel (*The Guardian*, 16/08/2011).

El sistema judicial ha cumplido su parte en una campaña de disciplina social masiva dirigida por el gobierno. Así mismo, el clima de terror generado ha permitido legalizar instrumentos de control de masas, antes proscritos e inconcebibles en el contexto británico, como son las balas de goma, los gases lacrimógenos o los cañones de agua. Como ejemplo extremo, en las semanas posteriores a los disturbios hubo al menos dos muertos a manos de la policía por el uso y abuso de pistolas eléctricas (*Público*, 26/08/2011, p. 13).

No obstante esto solo ha sido una parte de la estrategia. La parte más importante la realizan estratos amplios de la sociedad. El gobierno y la policía han incitado constantemente a la delación, a denunciar al vecino, al familiar, al amigo que pudiera haber cogido unos pantalones a través de un escaparate roto. Las fotos de miles de personas se han publicado en los medios y en internet, incluidos menores, gracias a una de las mayores redes de cámaras de videovigilancia del mundo. En algunos de los barrios de clase media atacados por los saqueadores llegados de los polígonos se han llegado a organizar patrullas ciudadanas, a veces con un claro componente racista.

El estado de sitio en los barrios de inmigrantes y de pobres no es ninguna novedad. El modelo del gobierno de Cameron es claramente el neoyorquino, y lo ha confirmado con el fichaje como asesor de William Bratton, uno de los artífices de la política de tolerancia cero de Nueva York durante los mandatos del alcalde Giuliani. Este “superpolicía” afirmó que la solución a los problemas de Reino Unido era sembrar el temor a la policía entre los jóvenes (*The Telegraph*. 12/08/2011). Como hemos visto, el gobierno británico ha seguido fielmente este consejo. Sin duda, la política de tolerancia cero desarrollada en NY tuvo su efecto. El cerco y acoso sobre los barrios pobres ha permitido generar una ciudad extremadamente controlada. No obstante la demanda de control y seguridad está siempre condenada a quedar insatisfecha. El miedo justifica la represión y la represión contribuye al clima de miedo... y al odio, no debe olvidarse.

¿Qué resultados puede conseguir esta guerra? El objetivo actual es disciplinar los guetos sociales de las grandes ciudades británicas. El contexto recuerda a la estrategia de pacificación de favelas en Rio de Janeiro, centrada sobre aquellas más próximas al centro urbano y al recinto que acogerá la Copa del Mundo de Fútbol en el 2014, dos años después de las Olimpiadas de Londres que se desarrollarán en el pobre y multiétnico y ahora sitiado *East End*. Sin embargo, estas estrategias no tienen por qué funcionar por brutales que sean. En Brasil, con su gran clase media escondida tras cámaras de seguridad y barrotes, mirando desde sus ventanas los

cerros de favelas, vigilados en sus calles por policías con metralletas y chalecos antibalas, la gente nunca acaba de sentirse segura.;10.000 muertos bajo la ley de fugas en una década no lo han conseguido (da Silva Telles, 2011 ).

### **3.- Queremos justicia**

Los disturbios de Londres han tenido una dimensión social ineludible que obviamente tiene implicaciones políticas. No obstante, en un contexto de recortes, de deconstrucción del Estado social, la ideología hegemónica tiende a ignorar estas cuestiones. El Estado británico está a la cabeza de los Estados neoliberales que dejan sus países a merced del mercado, que abandonan cualquier vocación de construir una sociedad más justa y que se limitan a hipertrofiar su función policial. En este sentido, tanto los disturbios y el saqueo como la reacción del Estado ante los mismos, son expresión de potentes fuerzas estructurales que llevan décadas actuando sobre la sociedad y que la dirigen a hacia un futuro cada vez más desigual e inestable.

Si parte de los disturbios han carecido de la politización que tenían este tipo de revueltas hace veinte años es porque se trata de una población mucho menos politizada, con sus lazos comunitarios cada vez más debilitados, con menor sentido de lo colectivo y que afronta la realidad, cada vez más, como un conjunto de consumidores individualizados. Es cierto, como tanto se ha dicho, que gran parte de los actos reflejan una falta de ética y moral, pero es la falta de ética y moral que se predica constantemente en el contexto socioeconómico en el que vivimos. La falta de ética del saqueo es una expresión radical y poco “educada” de la falta de ética del consumismo exacerbado y de la competitividad que predomina en la sociedad capitalista.

Por otro lado, los disturbios permiten evidenciar y señalar una determinada geografía de la desigualdad social. Una población sin esperanzas en la sociedad de la supuesta abundancia. La reacción del gobierno, por su parte, no hace sino profundizar en el conflicto y en el abismo entre un Estado cada vez más policial y la población pobre y vulnerable. Así, se tiene la esperanza de generar un temor lo suficientemente grande a la ley como para poder laminar cualquier estallido futuro fruto de la injusticia.

Sin embargo, la guerra contra los pobres que ha desatado el gobierno conservador es una guerra perdida. Es una guerra rentable en votos y necesaria ante la proximidad del evento de las Olimpiadas, pero generada por un conflicto latente que seguirá allí y volverá a surgir cuando menos lo esperemos. Aunque el proceso de disciplina social tenga éxito en determinados sectores de la periferia obrera cada vez más próximos al centro urbano, el conflicto volverá dado que sus factores estructurales seguirán presentes en la sociedad británica. Y esto en la medida en que el Estado neoliberal no solo se niega a intervenir sobre ellos, sino que ni siquiera considera su existencia.

Y sin embargo, los ciudadanos exigen orden. Y sin embargo, deberían pedir justicia. Como advertía León Felipe solo la justicia puede traer el orden porque el segundo es una consecuencia de la primera.

**Ibán Díaz** es geógrafo, vinculado a movimientos sociales de Sevilla y Londres. **Millie Wild** es profesora y activista social en Londres.

## **Bibliografía citada:**

Da Silva Telles, V. “A convivência entre o crime e o poder”. *Le monde diplomatique*, 48, julio 2011.

Harvey, D. (2007) *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

Lea, J. (2006) “De Brixton a Bradford: discurso oficial sobre cuestiones raciales y emergencias urbanas en el Reino Unido”. En R. Bergalli e I. Riveras Beiras (coords.) *Emergencias Urbanas*. Barcelona: Anthropos.

*Público*, 31/08/2011. Edición web: <http://www.publico.es/internacional/393889/un-nino-de-11-anos-el-condenado-mas-joven-por-los-disturbios-en-londres>

*The Guardian*, 9/08/2011. Edición web:

<http://www.guardian.co.uk/uk/2011/aug/09/david-cameron-second-cobra-meeting>

*The Guardian*, 16/08/2011. Edición web:

<http://www.guardian.co.uk/uk/2011/aug/16/uk-riots-four-years-disorder-facebook>

•*The Telegraph*, 12/08/2011. Edición web:

<http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/crime/8699145/UK-riots-young-thugs-should-fear-the-police-says-David-Camerons-new-crime-adviser.html>

*The Telegraph*, 3/09/2011. Edición web:

<http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/crime/8695988/London-riots-Lidl-water-thief-jailed-for-six-months.html>